

¡Si vivo suficiente tiempo! Porque el otro vacío que he encontrado está en mi pecho. No voy verdaderamente bien, y no puedo respirar largamente ni con la voluptuosidad del bienestar. En fin, no hablemos de eso. Lo único que me entristece es pensar, si estoy destinado a disponer sólo de algunos años, cuánto tiempo pierdo para ganarme la vida, ¡y que todas esas horas, que no volveré a tener, deberían estar dedicadas al Arte!

En efecto, cuántas impresiones poéticas tendría si yo no estuviera obligado a romper todas mis jornadas, encadenado sin tregua al más tonto oficio, y el más fatigante, por que decirte cuánto mis clases, plenas de abucheos y de piedras lanzadas, me quebrantan, sería desear apenarte. Vuelvo embrutecido. He aquí por qué, amigo mío, uso esa cruel labor nocturna. En cuanto a hoy, descanso (aunque yo no participe de la primavera, que me parece que tiene millones de leguas tras mis ventanas) y huyendo del querido suplicio de Herodías, volveré el primero de mayo a mi Fauno, tal como lo he concebido, ¡verdadero trabajo estival!

Sólo me interrumpiré para la corrección de mis poemas del *Parnaso*, que espero recibir pronto en pruebas, si no me han olvidado del todo. Lo que me dices de primeros retoques, me aflige. No pueden estar mal en bloque, sin embargo; o eso sería un signo de decadencia. Yo, que creo en la superioridad real actual sobre otras ocasiones, los encuentro, a excepción de uno o dos, que no son definitivos, excelentes; y mi conciencia me impide cambiar nada. Hubiera deseado que Catulle me indicara aquéllos que no le gustan.

Adiós, mi buen Henri, no te inquietes por ciertos pasajes de mi carta, no trabajaré de noche este verano, pero quiero retomar mis bellas mañanas azules. No te aflijas, no más, por mi tristeza, que quizás viene del dolor que me causa la salud de Baudelaire, que durante dos días he creído muerto (¡oh, qué dos días!, estoy todavía arterrado por dicha desgracia).

Marie, que continúa pálida y débil, te tiende su mano fría, y Geniève una verdadera mujercita, caminando, hablando, que tú te comerías a besos, con sus más bella sonrisa a tu intención te ofrece uno de sus caramelos.

Adiós, tu

STÉPHANE

*A Paul Verlaine*

Besanzón, 20 de diciembre de 1866

Señor y querido Poeta:

Permítame usted ver en la atención exquisita que ha tenido de enviarme su volumen, sin conocerme, tanto una simpatía literaria como el maravilloso presentimiento de una amistad ignorada.

Ha llegado usted antes del deseo de estrecharle la mano que me había despertado la lectura de sus versos en la revista *Parnasse*. Se lo agradezco doblemente –¡y aún más!– porque tales *poemas saturnianos* me salvaron por unos días de la inepticia en que me tiene el trastorno de una mudanza, y me elevaron por encima de las vergüenzas de la realidad.

Su libro no me halló en Tournon sino en Besanzón, en medio de cuadros patas arriba, muebles rotos y visitas, necesarias para la tranquilidad de quienes dependen de mi suerte y mi trabajo. Me siento tan fatigado puesto que no tengo ni siquiera una habitación amueblada a mi gusto (vivo en un corredor) que prefiero las luchas de la instalación a las de escribir una carta. Me parece estar cruzando espadas con un enemigo, tanto sufro por mi aspecto actual. Permítame que deje a mi espíritu envuelto en su faja de telarañas y polvo, y no repare usted en la torpeza de mis frases.

Para seguir con las comparaciones espadachinas (discúlpeme: hace más de un mes que no hago comparaciones) le diré con qué dicha he visto que de todas las viejas formas, semejantes a favoritas estropeadas por el tiempo, que los poetas heredan los unos de los otros, usted ha creído deber iniciar la forja de un metal virgen y nuevo, que produce bellas hojas, en lugar de seguir trabajando sobre tallas borradas, dejando su antiguo y vago aspecto a las cosas. Usted se ha hecho unas armas que será usted libre de profundizar (a veces tienen ese aire audaz que sólo queda bien en un primer volumen). Pero su libro es en toda su belleza y en la acepción romántica de la expresión, un primer volumen, y me hizo, durante varias noches, lamentar la vanidad que me impide publicar mi obra antes de que sea perfecta, y cuando yo esté en decadencia. Y, por otra parte, me gustaría enviarle a cambio otra cosa que esta miserable y trivial carta a la que añado mi firma sólo para hallar un nuevo pretexto de estrecharle la mano, desde el fondo de mi corazón (y *amigablemente* ¿Lo acepta usted?), esperando una buena charla, en un momento mejor, que será mejor sólo por verlo, aunque yo siga condenado por mi actual torpeza. Por el momento, sólo puedo recitarle de memoria los versos de sus *poemas saturnianos*, prefiriendo, mientras esté fuera de mí, conservar la voluptuosidad que me producen antes que explicarla.

Usted tendrá, después de mis trabajos invernales, una auténtica lectura y, hasta entonces ¿vivirá usted en mi derredor, como un amigo ausente?

Su muy devoto

STÉPHANE MALLARMÉ